

# Educación: Presente y futuro

por Federico Mayor Zaragoza (1)

## INTRODUCCION

Agradezco profundamente el honor que se me hace al invitarme a hablar ante un auditorio tan excepcional en este 9.º curso de Altos Estudios Militares. Y hacerlo sobre el presente y futuro de la educación, dándome ocasión para una nueva reflexión global a los tres meses de haber ocupado las más altas responsabilidades nacionales en ese ámbito. Sin responsabilidades políticas, sin embargo, en modo alguno ha disminuído mi interés y preocupación por algo que constituye mi profunda vocación personal y profesional.

Tampoco es nuevo el interés de las fuerzas armadas en este tema angular, interés expresado en esta ocasión por la inclusión de una conferencia dentro del ciclo de Política Interior, pero desde mucho tiempo atrás manifiesto en múltiples actividades: desde las importantes campañas de alfabetización dirigidas a reclutas y soldados, a la creación de cátedras de cultura militar en diversas Universidades; desde las diversas oportunidades de formación profesional, ofrecidas a clases de tropa y suboficiales, a los

---

(1) Recogemos aquí el texto de la Conferencia pronunciada recientemente en el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN) por el profesor Mayor Zaragoza, ex-Ministro de Educación y Ciencia, Consejero de la UNESCO y miembro de la Comisión Nacional Española de la UNESCO.

cursos y seminarios de alto nivel programados por el CESEDEN; desde las secciones de educación a distancia relacionadas con la Educación Básica, el Bachillerato o los diversos estudios universitarios, todo ello en locales militares, hasta los cursos obligatorios para el acceso y promoción a empleos superiores del Ejército y la Armada, que representan una vanguardia al respecto en el marco de la aplicación del principio de Educación Permanente.

El encargo que se me ha hecho, sin embargo, no es el de abordar las relaciones entre la Educación y Fuerzas Armadas. Se me ha pedido que reflexione en voz alta acerca del presente y del futuro de la educación. Nuestro interés, sin duda, se refiere prioritariamente a los problemas presentes y a las posibles y previsibles soluciones futuras de la educación en España. Pero no es posible ignorar que en esta área, como en todas las que definen dimensiones sociales básicas, las fronteras del problema no respetan líneas fronterizas nacionales. Una de las experiencias más fascinantes que supuso para mí la Dirección General Adjunta de la Unesco fue, precisamente la comprobación de hasta qué punto también la educación participa en grado eminente del carácter paradójico de tantas realidades sociales de nuestros días: pese a la multiplicidad de referencias locales, regionales y nacionales, a pesar de las peculiaridades y singularidades que, por fortuna, siguen diferenciando a individuos y grupos sociales, las coordenadas básicas de la problemática educacional presentan tales correlaciones de valor mundial que necesariamente inducen a suponer una interconexión profunda. La paradoja a que antes me refería tiene que ver con el hecho de que a la par que el hombre ha ido adquiriendo conciencia de la dimensión planetaria ha ido adquiriendo conciencia de los problemas sociales, haciendo así emerger la convicción, cada día más compartida y menos retórica, de la profunda unidad de la especie, todo lo que el hombre ha sido capaz de crear también más allá de la retórica y con consecuencias inmediatamente mundiales, es el riesgo de autodestrucción de la propia especie. Si los problemas son comunes y los riesgos también lo son, asombra que todavía no hayamos sido capaces de crear instrumentos comunes de reflexión y de toma de decisiones, superando de límites e intereses mezquinamente limitados. Yo creo que "el tema de nuestro tiempo" —por parafrasear al filósofo Ortega y Gasset, cuyo centenario celebramos este año— es, justamente, el tratar de asegurar el futuro de la especie humana en los próximos decenios, frente a la ingente masa de hechos y de intereses que pretenden cegarlos. La educación ha de representar, sin duda, un papel insustituible en este cometido. Y si el reto tiene escala planetaria, también la estrategia habrá de tenerla, aunque indudablemente la táctica deberá localizar y circunscribir problemas y soluciones.

Entre los factores que provocan en nuestros días un más alto riesgo de ocusión del futuro inmediato, el más preocupante tiene que ver con la carrera de armamentos y sobre todo con las armas termonucleares. De entre todos los desastrosos que el hombre pudiera verse tentado a emprender, quizá el más descabellado sería, la ruptura de hostilidades —asombrosamente posible, incluso por mero error— desencadenando un proceso irreversible de holocausto nuclear. Que ustedes, ligados por vocación y disciplina al ámbito de mayor riesgo, se preocupen por el presente y futuro de

la educación revela una gran sensibilidad, que debe reconocerse y aplaudirse, especialmente cuando por la vía de los hechos la relación se establece de continuo en todas las direcciones de la rosa de los vientos: el aumento de los presupuestos de "defensa" (por usar una denominación tantas veces farisea) normalmente se ve acompañado por el descenso de los presupuestos de educación y cultura.

Sólo puedo felicitarles, pues, por dicha sensibilidad, al percibir que justamente la deplorable necesidad de costosos presupuestos de defensa, como garantía disuasoria de aventuras pavorosas, reclama, en vez de amornar, una paralela elevación de atención educativa. Paralelamente al desarme, cada día más deseable y cada minuto más necesario, incluso paralelamente al incremento de los gastos de defensa en tanto se estime como inevitable —y más en este caso—, es imprescindible un esfuerzo tan profundo como amplio del rearme educativo. Sobre éste rearme y sus problemas vamos a reflexionar en esta conferencia.

## LA HERENCIA DE LOS AÑOS SESENTA

Los últimos lustros han significado en todo el mundo una toma de conciencia, progresivamente generalizada, de la educación como derecho humano fundamental y como condición esencial de calidad de vida, a la vez que su ausencia cobraba el valor de injusticia social, raíz de una larga cadena de discriminaciones derivadas de la incultura. Por ello, los años sesenta contemplaron una exposición cuantitativa del sistema escolar que obligó a plantear reformas y a promover iniciativas por doquier, con objeto de agotar las posibilidades y remendar los continuos descosidos de unas estructuras educacionales creadas cien años antes a la medida de las necesidades de élites sociales y tratando de atender a las nuevas demandas de la educación de masas. En los países desarrollados, se generalizó el objetivo del acceso de toda la población escolar al primer ciclo de la enseñanza secundaria, mientras en los países en vías de desarrollo el propósito ha sido lograr, en el más breve plazo, la escolarización básica generalizada. En España, idéntico fenómeno se tradujo en multiplicación de centros escolares de niveles primario y medio, creación de fórmulas de escolarización peculiares (estudios nocturnos, secciones filiales y delegadas de institutos de bachillerato, bachillerato radiofónico, etc.) además de la intensificación de campañas de alfabetización y de extensión cultural.

La explosión cuantitativa hubo de traducirse en reformas cualitativas para atender, en el ámbito de los contenidos, a los nuevos intereses y demandas: a esa necesidad respondió la unificación de los diferentes tipos de bachillerato elemental, con la supresión del bachillerato laboral, modalidad agrícola, industrial, minera, marítimo-pesquera... pero el título *no* daba acceso a la universidad.

A la misma necesidad debe atribuirse la progresiva supresión de barreras para el acceso de unos niveles a otros (exámenes de ingreso, reválidas, etc.).

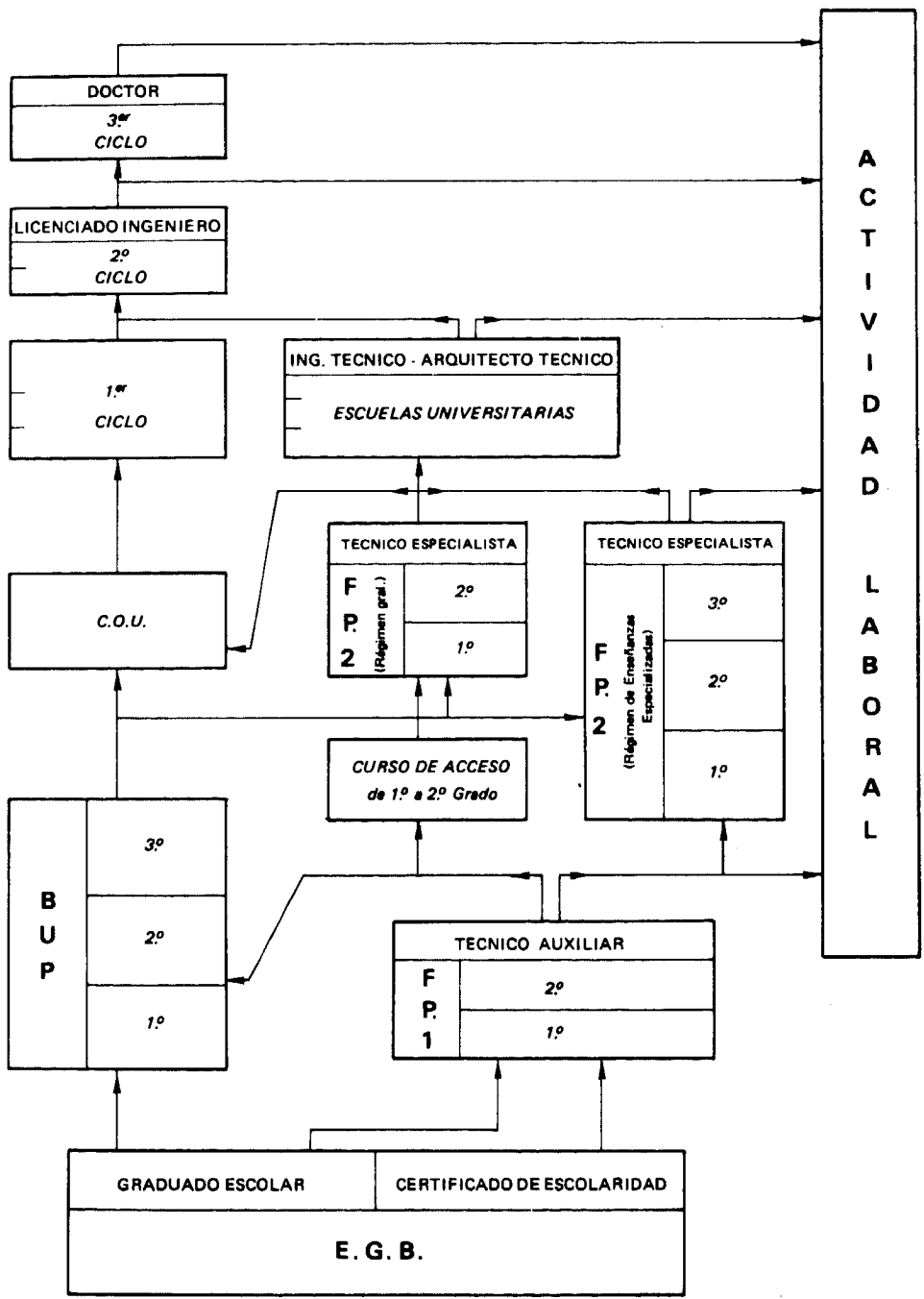
Procesos semejantes tienen lugar en muchos otros países, en especial de nuestra área cultural. Pero las reformas parciales no acaban de abarcar la dimensión del problema, y el traje estrecho rompe costuras por todas las articulaciones. Son los años de máxima agitación estudiantil, que a partir del nivel superior pronto alcanza a la Enseñanza Media (EE.UU, Francia, Alemania, Italia, España...), con una simultaneidad que reduce el valor de otras motivaciones interiores, presentes en uno o en otro país, de orden político o social. Más pronto o más tarde, comienzan a ser afrontados de manera global los términos del problema. En España, ese momento está representado por el Libro Blanco de la Educación, del año 1969, y por la Ley General de Educación 1970, dentro de un horizonte total que aborda el sistema educativo como una unidad, desde el nivel preescolar hasta más allá del título universitario, en el marco conceptual de la Educación Permanente. (En el esquema que tienen en sus manos se representa la nueva concepción del proceso educativo).

## LA REFORMA DE LOS AÑOS SETENTA

Todavía bajo la euforia de un periodo de gran desarrollo económico, la reforma de los años setenta supuso la generalización de la educación primaria —hasta ese momento buen propósito legal y amplia aspiración social—, con fórmulas efectivas de realización: la Ley prevé la gratuidad total a través de concertos entre la iniciativa privada y el Estado y, mientras tanto, subvenciones para ayuda a la gratuidad. Los siguientes datos permiten apreciar el camino recorrido: en 1973 se atribuyen por primera vez en los presupuestos del Estado para tal concepto 989 millones de pesetas, que se transforman progresivamente en 70.000 millones en el presupuesto de 1982. La gratuidad en Formación Profesional se subvenciona, en 1976, con 1.415 millones, y con 8.922 millones en 1982. Respecto a la Educación Especial, los 196 millones de 1978 alcanzan los 1.039 millones en 1982.

Ese esfuerzo económico, excepcional en su volumen respecto al que países comparables, es acompañado por medidas estructurales. El paso más trascendental —y discutible— es la conversión del antiguo Bachillerato Elemental en último período de la Educación General Básica, garantizando a toda la población una escolarización mínima de ocho años. España pasa, así, de ser el país en que los niños inician más prematuramente la enseñanza secundaria —a los 10 años—, a ser el que más retrasa ese comienzo —14 años—. Ello exigió un impresionante programa de construcción de centros, de ampliación de instalaciones existentes y de multiplicación de concentraciones escolares para la atención a núcleos de población dispersa.

La generalización de la educación básica provocó de inmediato una demanda masiva de estudios medios, que obligó a una inversión también excepcional en este nivel, seguida de presión semejante respecto a los estudios superiores (por ejemplo, las 15 Universidades existentes en 1970 pasan a 27 en 1980).



También ahora esa explosión cuantitativa provoca cambios cualitativos: supresión de los Institutos técnicos de enseñanza media y unificación del nuevo bachillerato que sustituye al antiguo Bachillerato Superior, reestructuración de la Formación Profesional, con una gama sucesivamente amplia de especialidades, reforma de los programas, los métodos, los libros de texto, promoción de un ambicioso plan de reciclaje del profesorado. Todo ello apoyado en una estructura de nueva creación que llamará la atención de los organismos internacionales de educación y que hubiera merecido mayor fecundidad: la red de Institutos de Ciencias de la Educación, uno por cada Universidad, encargados de promover y coordinar la formación y el perfeccionamiento del profesorado, la investigación pedagógica y el asesoramiento técnico a los Centros de enseñanza. En los últimos años se han renovado los programas de los tres ciclos de EGB, cuya implantación progresiva no debería interrumpirse...

En el nivel superior, se crean nuevos tipos de estudios (sociología, psicología, ciencias de la información, informática y, en 1982, tuve el honor de incorporar —lo que no deja de ser lógico en una nación que consta de una península, dos archipiélagos y dos territorios en la costa— los nuevos estudios superiores de *Ciencias del Mar*. Además, se asumen por la Universidad anteriores estudios de grado medio (peritajes, estudios mercantiles, magisterio). Por discutibles que sean no pocas de las medidas y por pesimistas que puedan estimarse algunos de los resultados, es justo reconocer el notable paso que, para la educación española, supusieron los años setenta, aunque a renglón seguido hayamos de analizar algunas de sus lagunas.

## EL PRESENTE Y SUS PROBLEMAS

La euforia de las décadas precedentes es ya historia, tanto en España como en el resto de los países. La fe en la eficacia del sistema escolar respecto a la aceleración del desarrollo económico y al logro de rápidos progresos en el ámbito de la justicia social y la igualdad de oportunidades socioeconómicas de la mayoría de la población ha declinado coincidiendo con la irrupción y consolidación de la situación de crisis económica. A pesar de muchos esfuerzos de quienes siguen pensando en la invariable prioridad de la educación, lo cierto es que, en los últimos años, se ha producido una considerable disminución en el porcentaje de inversiones en educación. Desgraciadamente, en razón de las bajas cotas de que España había partido en el despegue, la interrupción del proceso fue aquí singularmente prematura para el logro de los objetivos precisos.

En primer lugar, respecto a objetivos expresamente pretendidos, como la generalización total de una educación básica realmente gratuita y de un primer grado de formación profesional para cuantos adolescentes no ingresaran en el Bachillerato; igualdad de posibilidades para el acceso a los niveles superiores a la educación básica; y, sobre todo, garantía de calidad en el producto de la actividad educadora, con supresión (que se ha quedado en propósito) del riesgo de reducción de la calidad de la educación impartida como consecuencia previsible de la explosión cuantitativa que hemos descrito.

Al hacerme cargo de la responsabilidad de la educación española, promoví el estudio de los datos del rendimiento del sistema, dando cuenta de los resultados del estudio en mi primera comparencia como Ministro en el Congreso de los Diputados (1), porque pienso que la honesta conciencia de la situación, con sus luces y sus sombras, es condición imprescindible de realismo en cualquier política responsable. Pues bien, he aquí algunos de los datos obtenidos:

En Educación General Básica, el porcentaje de alumnos que alcanzaron resultados positivos en el curso 1973-74, apenas sobrepasó el 75 %/, pero es que en 1979-80, no alcanzó el 64 %/. Desde entonces no logran el título de graduado escolar un tercio de los alumnos del nivel. En Formación Profesional, se aproxima al 50 %/ el número de alumnos que no obtienen el diploma al que aspiran, mientras en Bachillerato más del 45 %/ de alumnos no alcanza el título correspondiente. En el nivel de estudios superiores, la situación es todavía más preocupante: no concluyen normalmente sus estudios en el período establecido más del 65 %/ de los alumnos en las Facultades, y más del 80 %/ en las Escuelas Técnicas Superiores. El aproximadamente 40 %/ de alumnos universitarios que repite curso —en las Escuelas Técnicas Superiores se acerca al 62 %/— significa un despilfarro económico que mejor utilizado permitiría atender con los mismos medios disponibles a 250.000 universitarios más. No paso a calificar globalmente como “fracaso escolar” este fenómeno, a la vista de la trivialidad con que este concepto ha sido utilizado. Pero esos datos están ahí, y exigen una reflexión (y urgentes medidas, algunas de las cuales he intentado y logrado poner en marcha en mi breve etapa ministerial, mientras otras han quedado como proyectos disponibles).

La formación del profesorado es esencial. Por ello creo que las conclusiones y recomendaciones de la comisión que constituiré integrada por profesionales de larga experiencia y ejemplar trayectoria, constituyen una pauta para actuaciones futuras y urgentes en un aspecto tan relevante para la calidad de la enseñanza (2).

La acumulación del saber y su inestabilidad, su rápida obsolescencia, hacen caducas las formas clásicas de educación.

La educación debe, en consecuencia, revisarse enteramente, con el fin de resolver o paliar los tres problemas que la amenazan: la plétora, el anacronismo y la falta de adaptación. La plétora resulta del volumen extraordinario de conocimientos entre lo que deben escogerse. El anacronismo se debe a que los profesores suelen explicar lo que ellos aprendieron... y la falta de adaptación se debe a que el universo que se muestra a los niños en la escuela no coincide con el que ellos viven en la televisión, en los espectáculos, en la calle...

---

(1) “Política Educativa y Científica”, BOM, abril 1982.

(2) “La formación del Profesorado” M.C.E., 1982.

La respuesta es, evidentemente la siguiente: la escuela sirve para aprender, mientras que adquirir conocimientos útiles debe prolongarse a lo largo de toda la vida.

Todavía debemos considerar otra dimensión preocupante del presente por el costo personal y social que comporta: el desempleo. Más de dos millones de personas sin trabajo —casi el doble que el promedio de los países de la Comunidad Económica Europea— (y muchas más personas subempleadas) que no sólo no rinden el producto que la inversión social realizada en su formación permitiría esperar, sino que precisan de un gasto suplementario en subsidios u otras formas de asegurar mínimamente su subsistencia. El desajuste entre la educación y el empleo se perfila así como uno de los fallos más preocupantes del momento y como uno de los retos más apremiantes del inmediato futuro. De ello hablaré más adelante.

Y si todo lo anterior se refería a objetivos explícitamente pretendidos y no alcanzados, también es preciso aludir a nuevos objetivos que expresan demandas reales de una sociedad que no contradice la ley de la vida al aspirar cada día a nuevas metas, reivindicando horizontes hasta hace poco reservados a minorías. Así, la creciente demanda de educación preescolar, la relativa a la universalización de la enseñanza media para todos los adolescentes, —al menos hasta los 16 años—, la más adecuada atención y escolarización de los niños y jóvenes disminuídos físicos o psíquicos... y la individualización de la enseñanza, que permita a cada persona alcanzar, a su propio ritmo, los más altos niveles de acuerdo con su capacidad, con su unicidad biológica y social.

Por otra parte, la nueva situación del mercado laboral reclama una más adecuada combinación entre la preparación intelectual y la capacitación para el trabajo, distante tanto del intelectualismo alejado de la vida como del practicismo limitado a un determinado tipo de trabajo. De este modo se favorecerá el incremento progresivo de las actividades que son propias de la condición humana, las creadoras, las que comportan decisión, con paralelo e irreversible decrecimiento de todas aquellas actividades en las que la máquina, por su rapidez y eficiencia, substituye con ventaja los brazos del hombre. Esta nueva situación, que se incrementará en el futuro, exige una multiplicación de oportunidades diversas de estudios, dentro de cuadros que gocen de semejante validez académica y profesional y con consideración social comparable, de modo que a la variedad de capacidades y de intereses de una masa adolescente completamente escolarizada, se ofrezca una diversificación de contenidos generales y opcionales capaz de estimular una incorporación ilusionada actitud cada vez más presente en nuestras aulas. Esos y otros hechos deberá aportar la inaplazable reforma de las Enseñanzas Medias, encarando unos problemas y aportando unas soluciones que otros países de nuestra área cultural están ya afrontando y ensayando.

La rigidez de nuestro sistema se ha denunciado como una de las condiciones que promueve indirectamente la extensión de un problema social de primer orden: la multiplicación de conductas marginales, asociales o



antisociales, como la drogadicción, la prematura independización del hogar familiar, la delincuencia, el suicidio, incluso, de adolescentes y, cada vez con más frecuencia, de niños en escolaridad primaria. El doble fenómeno —pendiente de complejas causas— de la cada día más amplia incidencia numérica y de la progresiva anticipación en la edad de sus protagonistas, respecto de las conductas marginales, se ve acompañada de la incapacidad de la institución familiar para responder con mayores vigor y rigor de una misión educadora y socializadora que le corresponde plenamente y en la que es insustituible. Las familias, en tal trance, se vuelven hacia el sistema escolar, unas veces para responsabilizarle de ser causante o cómplice de la aparición de aquellas conductas, las más para solicitarle que asuma un objetivo de educación integral, más allá de la mera transmisión de conocimientos y habilidades instrumentales. Entre los que formulan la primera denuncia, hay quienes señalan la falta de interés y de capacidad estimuladora del tipo de contenidos y de métodos que el sistema escolar desarrolla, como factor importante de las misteriosas causas que inducen a adoptar conductas marginales de difícil y a veces imposible retorno a un mayor número de jóvenes, cada vez más jóvenes, cada vez de procedencia familiar menos singularizada, cada vez más aleatoriamente distribuidos entre la gran ciudad, los barrios suburbanos, la ciudad media y el campo.

Con el fin de procurar la efectiva participación de los padres en el proceso educativo, y hacer posible y fomentar la colaboración con los profesores, puse en marcha en Granada, en mi época de Subsecretario, un Servicio de Formación de Padres, que luego se convirtió en Programa Nacional. Creo sinceramente que este Programa debería continuarse, porque no hay democracia genuina sin participación cualificada. Cualificada, porque la ley de la mayoría se convierte en pura demagogia cuando se aplica a cuestiones, como la educación y la ciencia, que poseen caracteres y propiedades independientes totalmente del encuadre ideológico y, por tanto, de la apreciación subjetiva.

Educar para participar activamente en la cosa pública, participar por sí mismo, escogiendo libremente entre opciones. Esta es la función de la educación: hacer posible una participación amplia y profunda del ciudadano. Esta es la irremplazable acción de la educación en beneficio de la democracia: participo, luego existo. El hombre no es si no participa. El hombre no es si no es educado, si no sabe contemplar las diversas opciones que se le ofrecen y escoger libremente aquellas que considera más adecuadas.

Sin duda, un futuro inmediato habrá de contemplar la intensificación de actividades extraescolares en los centros de enseñanza, la ampliación de los papeles tradicionalmente otorgados al profesorado, la más rentable explotación social de los locales, medios y material escolar en horas no lectivas, fines de semana y períodos vacacionales, todo ello para ofrecer a niños y adolescentes unas oportunidades de formación complementaria, de individualización y de ocupación del tiempo libre que con dificultad la sociedad puede improvisar al margen del sistema escolar. Y, paralelamente, una revisión de los contenidos y los programas, una flexibilización de los planes de estudio y estructuras académicas, una diversificación de ofertas

curriculares y oportunidades de reconversión cimentadas en una formación de base suficientemente sólida y extensa como para prever necesidades futuras de actualización y reciclaje, únicas alternativas al desempleo.

Una reflexión que desea tener como centro de mira nuestro presente y futuro nacionales, no puede ignorar la referencia al proyecto de convivencia diseñado por la reforma política y más tarde por la Constitución, y a las exigencias que tal empresa plantea al sistema educativo. Desde los griegos sabemos que la posibilidad y la fecundidad de un sistema democrático están relacionadas con un tipo de educación dirigido a su promoción (una "paideia", conforme al título de libro de Werner Jaeger, tan apasionante como riguroso). Porque la cultura amplía los límites de la libertad del hombre, multiplicando sus posibilidades de opción y poniéndole en contacto con más variados modelos de vida personal y social, y porque la educación, además de poner al hombre en conexión con la cultura, facilita y potencia en el sujeto la responsabilidad en el ejercicio de esas opciones, la democracia encuentra en la educación y la cultura dos de sus pilares básicos y condiciones de posibilidad. No condiciones suficientes, es cierto, puesto que vemos pueblos cultos y educados sometidos a regímenes autocráticos, por más que su cultura se nos antoje un pájaro enjaulado y su educación pueda merecer más el nombre de adiestramiento y domesticación. No es pensable, en cambio, democracia sin educación y cultura. Hasta el punto de que si no cuenta previamente con ellas, las inventa (como Atenas vio aparecer sus primeros "profesores" —en el significado moderno de la palabra— justamente en el siglo V a. C., cuando se iniciaba el empeño político de Pericles).

En la empresa —tan atractiva como ardua— de una convivencia en libertad, basada en la tolerancia, el pluralismo y la participación, el papel de la educación es trascendental, y las ya vigentes "enseñanzas del ordenamiento constitucional" de nuestros programas escolares habrán de ampliar sus objetivos hasta informar el conjunto del sistema educativo, como contexto de la actividad total, más allá de los límites de una disciplina académica, alcanzando ese nivel de "contenidos latentes" que los pedagogos valoran cada día como más relevantes tras los programas y métodos establecidos.

Un segundo reto a la educación plantea el momento político español: la nueva distribución territorial, que intenta no sólo hacer compatible la unidad de España con la autonomía de sus comunidades, sino que busca justamente profundizar y enriquecer aquella unidad con esta autonomía. No debe minusvalorarse el riesgo del empeño, so pena de irresponsabilidad. Pero tampoco sería justo desconocer los riesgos de la uniformidad impuesta. Nadie debe ignorar la impagable contribución que las fuerzas armadas y de seguridad están aportando a esa empresa nacional. Una contribución en vidas de hombres y en dolor de jefes, compañeros, subordinados y familias enteras de nuestro pueblo, que aceptan disciplinadamente y cooperan activamente en un papel tan costoso como ejemplar al servicio del proyecto nacional. Pues bien, en el logro de ese objetivo, también a la educación compete una misión trascendental. Se están dando pasos importantes, como la inclusión en el sistema escolar de las lenguas españolas

que, junto con la lengua común, son patrimonio de todos, la atención al cultivo de rasgos peculiares de cultura, la transferencia de competencias en los diferentes aspectos del subsector educacional. Pero es preciso estar atentos a que ese fomento de lo diferencial en ningún caso comprometa el proyecto común de España. Que el conocimiento y uso de lenguas y culturas diversas que merecen no sólo sobrevivir, sino desarrollarse con la mayor vitalidad, no impida el máximo florecimiento de una lengua en que expresan sus ideas y sus sentires más de trescientos millones de hispanohablantes y de una cultura de que nos orgullecemos 43 millones de españoles. Lograr no sólo la compatibilidad, sino las más amplias garantías para ambos objetivos deberá constituir objetivo fundamental educativo en los próximos años. (1) Es en la educación, pienso, donde se va a decidir el éxito final de un proyecto de tan largo alcance.

## UN FUTURO QUE CONSTRUIR ENTRE TODOS

En educación, hablar del futuro es hablar, sencillamente, de educación. Porque educar es hacer prospectiva. Educamos para mañana, y esto plantea un problema de primera magnitud: cuando el proceso social desarrollaba ritmos más acompasados, el papel del educador consistía, sobre todo, en transmitir valores consagrados, conocimientos ya adquiridos, pautas fijas de conducta. Hoy los educadores no tenemos tan fácil la tarea. Con independencia del valor que cada uno pueda dar a la tradición, nadie desearía que su hijo fuera educado sólo en función de un ayer que ya es historia, ni siquiera de un hoy en trance de inmediata superación. Todos tenemos conciencia de que la velocidad del cambio social exige una educación abierta a lo desconocido, por más que esa conciencia suscite profunda inquietud. Porque hemos de educar a niños y jóvenes para una sociedad que desconocemos: pensemos que los niños que van a comenzar su ciclo escolar en el próximo mes de Octubre, y que quizá ya se encuentran en el aula de preescolar, sólo podrán obtener su título universitario superior en el mes de Junio del año 2001. Por eso, en todo el mundo están cobrando relevancia los estudios prospectivos que proyectan las líneas del presente, que extrapolan las tendencias y desajustes de nuestro momento tratando de predecir los modos previsibles de su desarrollo y que ahondan en las contradicciones que vivimos para distinguir más allá de ellas los caminos del futuro. La trascendencia de la educación en el proceso deriva del hecho de que el futuro no se nos va a dar elaborado, de que no hay un solo porvenir, de que las condiciones del presente no apuntan un unívoco horizonte. El futuro se construye, no se acepta. El porvenir se elige y se elabora entre los "porvenires" posibles. Y la educación debe asumir la gravísima responsabilidad de formar tales hombres que sean capaces de optar con conciencia responsable, de proyectar con imaginación, de crear con decisión. Pero la inquietud se convierte en desasosiego si tenemos en cuenta que, de entre el conjunto de "porvenires"

---

(1) "Idiomas de España y Bilingüismo" Comisión presidida por F. Fernando Lázaro Carreter. MEC 1982.

previsibles, precisamente el que con más nitidez dibujan las líneas de proyección del presente, dentro de las coordenadas mundiales, es un porvenir sin esperanza, en el que lo arriesgado es la misma supervivencia de la especie humana. Hace años que se viene denunciando por mentes lúcidas este trance. Cada vez más instancias calificadas se suman al coro de voces testimoniales: el Club de Roma, la Unesco, las Naciones Unidas en sus diversas secciones de Organismos.

Ustedes conocen mejor que nadie el futuro que diseña la carrera armamentista en que el mundo está embarcado. Yo podría hablarles con más conocimiento del proceso de destrucción del medio ambiente —cada año la deforestación afecta a 20 millones de hectáreas—, de la explotación irresponsable de recursos naturales, de la degradación progresiva y pronto irreversible de las condiciones de vida de zonas enormes del planeta, de nuestras aguas comunes o de la atmósfera, patrimonio indivisible, todo ello, de la comunidad de los humanos. Podría hablarles del futuro que permiten entrever los avances en microbiología y en la investigación genética. Otros propondrían, con mi disentimiento, desde luego, la inviabilidad de un colectivo humano hacinado en un planeta insuficiente, salvo que una terrible catástrofe —natural o más probablemente provocada— restablezca un equilibrio viable. Y aún otros hablarían del futuro alienado que asegura la multiplicación de horas que la población infantil consume ante una televisión (1) repleta de mensajes ajenos a cualquier proyecto constructivo de una humanidad mejor...

Por poco que la educación pueda condicionar la opción de uno u otro porvenir, su responsabilidad es inmensa en esta hora. No quisiera abusar de su atención, ya prolongada, por lo que abordaré con la mayor brevedad alguna de las dimensiones ineludibles de la misma:

En primer lugar, la educación para la convivencia internacional y la paz. La historia, por primera vez en todos los siglos, es en nuestros días realmente planetaria. Nuestro destino como especie se ha hecho por fin manifiestamente común. La solidaridad entre los hombres, entre los pueblos, entre las naciones, ha dejado de ser una virtud recomendable para convertirse, llanamente, en condición para nuestra supervivencia. La educación tiene que asumir con urgencia la tarea de llevar a la conciencia de las nuevas generaciones esta convicción. Y como el tiempo apremia, probablemente sea ésta una de las tareas más urgentes para las inaplazables posibilidades de educación permanente que toda la población debiera tener disponibles a cualquier edad y en cualquier circunstancia.

La educación científica y tecnológica, en segundo lugar. Para nadie es un secreto que el velocísimo progreso del conocimiento científico y técnico constituye la característica más definitoria de la cultura de nuestra época. Ningún país puede ya situarse al margen de ese proceso sin la seguridad de verse condenado a sufrir un neocolonialismo, de más largo alcan-

---

(1) "Educación y medios de comunicación". MEC. 1982.

ce aún que el colonialismo clásico, que proporciona la dependencia y la subordinación en el ámbito de la ciencia y de la técnica, y que garantiza mejor que cualquier otra dependencia la pérdida de toda soberanía en un futuro inmediato. Los contenidos y los métodos del sistema escolar habrán de sufrir profundas revisiones con objeto, por una parte, de incorporar las nuevas conquistas de la ciencia y la tecnología. Por otra, para sustituir el objetivo de la transmisión de saberes ya logrados, por el tipo de acciones que promuevan a partir de la capacitación instrumental precisa, la capacidad de explotación de las diversas fuentes de información que los futuros ciudadanos tendrán a su disposición a lo largo de su vida. Si ya se ha calculado que en numerosas profesiones, cada siete años y aún menos se renueva el elenco de conocimientos y técnicas disponibles, de muy poco serviría un sistema educativo que se limitase a transmitir los contenidos vigentes en un momento dado, ni siquiera en el supuesto de que esos contenidos respondieran a la más rabiosa actualidad.

Por otra parte, es impensable que el ciudadano sea encuadrado de por vida en el sistema escolar. Será imprescindible, pues, la multiplicación de posibilidades de actualización y de perfeccionamiento a través de sistemas flexibles de educación recurrente, paralela o alternada respecto a la actividad laboral y profesional —y ese va a ser sin duda otro campo de innovación de la educación en un inmediato futuro—. Pero, además, contamos con los medios de información de masas, en especial la radio y la televisión (ésta potenciada de modo formidable y en dirección opuesta, por la transmisión por cable y la transmisión vía satélite), contamos con la microelectrónica y la telemática, con la multiplicación de bancos de datos y de ordenadores para cada vez más diversificados usos. Todo ello va a suponer una permanente fuente de educación autodidacta, para cuya explotación óptica debe preparar la educación escolar a la generación que ya está en las aulas y a las inmediatas. Las mismas condiciones del avance científico y tecnológico de nuestros días van a exigir del sistema escolar mayor atención a la promoción del espíritu creativo y del pensamiento divergente, frente a la valoración de la receptividad y capacidad de asimilación características de la educación vigente.

Por fin, un fenómeno anteriormente aludido debe detener de nuevo nuestra reflexión, centrada ahora en el futuro. Hemos hablado de la tremenda realidad del paro y el subempleo, que afecta sobre todo a los jóvenes recién regresados del sistema educativo, y progresivamente a trabajadores y profesionales maduros que ven dificultades para lograr un nuevo empleo tras verse obligados a dejar el que venían desarrollando, cuando no se ven abocados a la jubilación anticipada en edad prematura. Y ello a la vez que los avances de la medicina y la mejora de las condiciones de vida prolongan más y más el límite final de la llamada tercera edad, en situación de lucidez.

Existe, sin duda, una motivación circunstancial en ese hecho, atribuible a una crisis económica cuya posible superación no me corresponde analizar, pero que pienso que ya no se producirá en términos únicamente económicos sino con el concurso indeclinable de la solidaridad social y de la interdependencia internacional. Pero, como antes he mencionado, cada vez son más evidentes los síntomas que apuntan a causas estructurales,

como condicionantes de buena parte del problema. Los avances de la ciencia y de la técnica, a la vez que crean nuevos puestos de trabajo, aportan instrumentos que sustituyen con ventaja a mayor número de empleados. Ya no son solo los sectores primario y secundario —agricultura e industria— los que producen éxodos de mano de obra, porque en ellos nuevas técnicas logran producir más con menos productores. Es el sector terciario, de los servicios, que en décadas recientes pudo absorber esa mano de obra excedente, el que se ve amenazado de saturación. Los nuevos sistemas de organización y automatización obligan a prever que, incluso superada la crisis económica, la jubilación anticipada y la reducción de la jornada laboral del conjunto de los trabajadores y profesionales habrán de ser asumidas como inevitables.

La educación, que pretendía preparar para el empleo, tendrá que afrontar también este hecho, pensando en la necesidad de una educación para el desempleo, tanto en forma de fomento de las condiciones para la más fácil y flexible reconversión profesional como, llanamente, preparando para el aprovechamiento, social y personalmente fecundo, del tiempo libre.

## DISFRUTAR DE LA VIDA

En 1800, en la zona urbana europea, la esperanza de vida media era de 36 años, de los cuales se trabajaban 8 y se disfrutaban 3 de tiempo libre (calculado sobre la base de 24 horas en ambos casos). En 1900, la esperanza de vida era de 45 años, con 11 de trabajo y 5 de tiempo libre. En 1982, en Europa, la esperanza de vida es de 72 años, con 8 años de trabajo... y 20 de tiempo libre. Cada vez será más importante lo que se es que lo que se tiene. Frecuentemente se dice que se pretende "matar el tiempo", porque no se está preparado para disfrutarlo intensamente en actividades artísticas, deportivas, de recreo, de solidaridad humana.

No podemos quejarnos de que, finalmente, el hombre-productor, el hombre-rutina, alcance su plenitud y se convierta en el hombre-decisor, el hombre-creador, el hombre-sabio. No podemos quejarnos, en efecto, de que — ¡por fin!— la condición humana pueda disfrutar, en la mayor medida de lo posible, de la vida, de que todos los hombres y no unos cuantos, puedan desarrollar en plenitud las facultades que caracterizan y distinguen a la condición humana.

## CONCLUSION

He apuntado tan sólo algunas direcciones del cambio educacional previsible en un futuro inmediato. Podría haber aludido a la atención cada día más inaplazable a los grupos marginados, a la progresiva sensibilidad social respecto a las discriminaciones en razón de sexo o en razón de condiciones socioeconómicas... Quiero concluir, por no cansar más la atención de ustedes, citando un último motivo de reflexión que recapitula buena

parte de lo dicho anteriormente. Me refiero a la crisis de valores que, de modo generalizado, ponen de manifiesto los hechos, las noticias, las conductas.

Hasta hace poco tiempo suponíamos que la educación transmitía un código de valores capaz de orientar al futuro ciudadano en su proyecto vital y en su actuación social. Aun suponiendo que ello continuara pretendiéndose —y se pretende, por ejemplo, en numerosos centros de enseñanza dotados de un “ideario” explícito—, fuentes alternativas de información y de deformación —entre las cuales suele señalarse la persuasiva influencia de la televisión— presentan cada día a los niños y a los adolescentes modelos que contradicen el código escolar y el familiar. Cuando más disponibles están poderosos medios de manipulación, de extorsión y de violencia, más dramáticamente parecen escasear la conciencia moral y la responsabilidad social. La educación tendrá que hacer frente a este hecho, sin atenuantes, y asumir el papel imprescindible que le corresponde en el conjunto de referencias que ayudan a la población escolar a conformar su propio código de valores morales. Quizá no sea posible aportar códigos concretos de difícil fundamentación en una sociedad pluralista, pero sí deberá en todo caso el sistema educativo comprometerse en una reflexión profunda acerca de la dimensión ética de la vida personal y social, promoviendo en los futuros ciudadanos la capacidad crítica respecto a los valores implícitos en muchas ofertas de información, de opinión y de entretenimiento pretendidamente neutras. Como deberá promover la capacidad creadora y autónoma de la juventud con objeto de que sea capaz de elaborar su propio criterio moral de una forma responsable y solidaria.

Nadie duda ya de que el objetivo de desarrollo económico perseguido en las últimas décadas en todo el mundo, se ha mostrado insuficiente y mezquino, sin que haya sido capaz de responder no ya a las demandas más profundas de los hombres y de las sociedades, sino ni siquiera a las metas limitadas que componían su estricto horizonte. Hoy todos los signos apuntan a un objetivo necesario de desarrollo humano integral, que no asegure el bienestar de unos pocos a costa de la pobreza de los más, del deterioro irreversible del medio ambiente o del riesgo cada vez más amenazante que supone el arsenal nuclear: un desarrollo integral que plantee el destino de la especie humana, en sus generaciones presentes como en las venideras, de forma global y unitaria.

Y en ese proyecto, que abarca economía y cultura, tradición y progreso, ciencia y comportamientos, desarrollo endógeno y solidaridad internacional, la educación moral se revela como un reto cada día más apremiante. Un reto al que entre todos debemos encontrar una respuesta satisfactoria, puesto que la alternativa no es tanto la opción de un futuro más incierto, cuanto la aceptación de un futuro imposible.